

Alejandro Romero Reche (2023). *Sociología de las teorías de la conspiración*. Síntesis, 189 pp. ISBN: 978-84-1357-292-5.

JOSÉ MORENO JIMÉNEZ

*Universidad de Granada*

josemorenoji@ugr.es

<https://orcid.org/0009-0009-4515-2327>

Ya desde el prólogo, Alejandro Romero Reche, nos invita a sumergirnos de lleno en las alborotadas aguas de las teorías conspirativas, dejando claro que los acólitos a este tipo de teorías no tienen por qué operar bajo coordenadas muy diferentes a los que, en una supuesta superioridad intelectual, no creen en ellas. Comienza esta zambullida a través de un célebre caso, el de Léo Taxil, que opera como una ilustración clave para analizar fenómenos como los que se plantean a lo largo de todo el libro. Taxil fue un escritor francés del siglo XIX conocido por un vaivén entre la fe cristiana y el desencanto. En una de sus supuestas vueltas al redil, comenzó a publicar obras que describían con lujo de detalles una «religión satánica» asociada a los masones que aparentemente había profesado, ganándose la credulidad de muchos. Sin embargo, en un giro sorprendente, Taxil reveló que todo había sido una farsa, un elaborado juego destinado a alimentar un engaño con el único fin de la diversión. Este caso muestra de manera clara cómo los seguidores de este tipo de teorías no tienen ningún reparo en decapitar simbólicamente a los instigadores o autoprofetas de estas cuando sus expectativas son traicionadas. Por lo tanto, un cambio brusco de dirección, como proclamar que todo ha sido una broma, atiende, para sus parroquianos, más a las poderosas fuerzas subyacentes de los «verdaderos poderes conspirativos» en su afán de no dañar sus planes, que, a cualquier otra posibilidad, como que realmente fuese una broma. Este tipo de dinámica, como plantea el autor, pone de manifiesto una paradoja esencial de las teorías conspirativas: mientras buscan explicar aspectos profundos de la realidad social, también revelan sus tensiones con las disciplinas académicas tradicionales, como la sociología. A lo largo de los siete capítulos que componen este libro, el autor explora estas intersecciones recurriendo a disciplinas como la sociología, psicología, ciencia política y filosofía (en su vertiente argumentativa), para intentar desentrañar la oscura y retorcida madriguera de conejo por la que discurren y se enredan las teorías de la conspiración.

En este sentido, como vasos comunicantes, encontramos cómo el autor, en una primera aproximación, reluce una relación estrecha entre la propia naturaleza sociológica y las teorías de la conspiración, pues entre ellas, reside el impulso de desvelar la realidad social y encontrar las estructuras subyacentes que hacen operar la dinámica social a través de los significados cambios sociales que las han ido impulsando. La diferencia es clara; pues mientras una utiliza una metodología probada, la otra, se conjura a su poder totalizador explicativo. Así, mientras la sociología se doblega a los filtros de contención ortodoxos como la revisión por pares, las teorías conspirativas albergan una verdad propia que no puede ser frenada, a modo de «Juggernaut de la verdad». De este modo, cualquier intento que pretenda frenar o cuestionar su objetivo último de descubrir los actores y sus planes, no es otra cosa que un ataque más a limitar su meta.

El autor prosigue delineando una fina y acertada delimitación de las características compartidas entre la sociología y las teorías conspirativas, mostrando cómo ambas, bebiendo de un intento de explicación de los grandes acontecimientos sociales modernos, van compartiendo intención explicativa. Asimismo, el autor señala las diferencias, destacando cómo la sociología —especialmente en sus primeras etapas— tiende a enfatizar la subordinación de las acciones individuales a las grandes leyes sociales, lo que contrasta con la concepción de las teorías conspirativas, que otorgan a individuos o grupos una imperiosa e ilimitada capacidad de acción para moldear los designios del destino, siempre que no sean descubiertos, pues este constituye su objetivo principal. Así, a lo largo de los primeros capítulos, podemos caminar los senderos de la disciplina sociológica y las teorías de la conspiración, siendo conscientes de sus cruces paralelos y de sus claras desavenencias, como la referida omnipotencia de acción para las teorías conspirativas o el recelo de las fuentes, elementos fundamentales de discordia entre la sociología —o cualquier práctica científica— y el canon pragmático conspirativo.

Cabe mencionar el apunte del autor con la necesidad de atender al fenómeno de la fe —como pilar básico para creer en algo, quizás, complejo de demostrar—, pues esta se constituye como elemento central y trascendente a la hora de entender cómo se instalan, se defienden y se readaptan las teorías conspirativas. En este sentido, se entiende cómo estas teorías también se han adaptado como respuesta al proceso secularizador, sustituyendo a los antiguos dioses conspiranoicos por nuevos grupos humanos —o no— que son señalados como responsables de los grandes designios sociales. De igual forma, el autor, especialmente perspicaz, también dibuja senderos compartidos, como el caso de algunas corrientes sociológicas, las cuales describen, de igual manera que las teorías conspirativas un sujeto o grupos de estos controladores del mundo. Estas, también, con una obligación inherente de descubrir sus estructuras de acción, totalmente ofuscadas para con seguir sumergir a la población en una totalizadora alienación; si bien el autor

incide en que no tiene que existir un encaje perfecto entre estas corrientes y las teorías conspirativas, sí existe una más que engrasada traducción.

A partir del segundo capítulo, el autor nos enfrenta a uno de los retos más espinosos de toda la obra: ¿cómo definir una teoría conspirativa sin caer en simplificaciones que desdibujen su esencia o la confundan con fenómenos afines? Aquí, Romero Reche, con precisión quirúrgica, disecciona las múltiples estrategias académicas que han intentado capturar este concepto esquivo, siempre dejando espacio a la posibilidad de nuevas formas de conceptualización, desde quienes eluden cualquier definición explícita confiando en un entendimiento tácito, hasta aquellos que apuestan por caracterizaciones *ad hoc* o enfoques estilísticos, apuntando como cada perspectiva aporta sus luces y sombras. De este modo, se opta por seguir el rastro de los rasgos estilísticos, tomando como referencia los principios delineados propuestos por autores como Byford y Barkun. Para ellos, las teorías conspirativas se sostienen sobre tres pilares narrativos: «nada ocurre por accidente»; «nada es lo que parece» y «todo está conectado». Estos elementos crean un marco explicativo a modo de santísima trinidad, que convierte cualquier dato, ya sea una anomalía o una ausencia total de pruebas, en una confirmación del poder absoluto de los conspiradores.

Las visiones y teorías presentadas no quedan descontextualizadas, pues el autor, en un ejercicio de conexión constante, conecta lo presentado con la actualidad, sin dejar de explorar cómo estas narrativas prosperan en un entorno contemporáneo caracterizado por la sobrecarga informativa y la erosión de la confianza en las instituciones. Ya en un clima de incertidumbre, en mitad de una tormenta perfecta, las teorías conspirativas ofrecen un respiro cognitivo, una suerte de linterna en la oscuridad, aunque esta, a menudo ilumine caminos plagados de hechos y proposiciones difícilmente falsables. Todo ello, sazonado con fenómenos relacionados como las *false news*, los rumores y las leyendas urbanas, destacando sus similitudes —como su fluidez y desconfianza sistémica—, pero también sus diferencias fundamentales: mientras las teorías conspirativas giran en torno a conspiraciones deliberadas, los rumores y las leyendas no siempre cargan con tal intención.

En un ejercicio significativo por desentrañar las posibles yuxtaposiciones, el autor nos traslada a un territorio donde convergen la sociología, la filosofía y la historia del pensamiento de la mano de autores con sus particulares visiones: como la «teoría conspirativa de la sociedad» de Karl Popper y el «estilo paranoico» de Richard Hofstadter. De esta forma, se analiza cómo estas dos nociones han moldeado nuestra comprensión del conspiracionismo, subrayando tanto sus aportes como sus limitaciones. Para Popper, las teorías conspirativas son como un reloj mal ajustado, pues nacen de la secularización de antiguas creencias religiosas y simplifican en exceso la realidad social. Según esta visión, todo fenómeno social importante sería el resultado de un plan deliberado, ignorando tanto la comple-

jidad de las estructuras sociales como las consecuencias no intencionadas de las acciones humanas. Aunque críticos como Pigden y Coady acusan a Popper de reducir el conspiracionismo a una caricatura, Romero Reche defiende su utilidad como tipo ideal, pues esta emerge como una herramienta que permite desmontar y analizar los engranajes conceptuales de estas creencias desde un ejercicio de comparación. Por otro lado, Hofstadter describe el «estilo paranoico» como un prisma que distorsiona la historia, transformando cada evento en una conspiración omnipresente. Este estilo destaca por su obsesión con la coherencia, su visión de los conspiradores como omnicientes pero corruptos, y su confianza en el «renegado» como fuente de pruebas. En esta cuestión, Romero Reche, señala cómo la patologización de este enfoque puede limitar nuestra comprensión, ignorando la diversidad de formas en que estas narrativas son aceptadas. En definitiva, se vislumbra un ejercicio de exploración entre las tensiones y las críticas de las aportaciones teóricas y sus visiones particulares.

Si seguimos recorriendo los capítulos, podemos atisbar un despliegue de motivos que atraviesan las teorías conspirativas como hilos narrativos constantes, independientemente del tiempo o el lugar. Estos motivos, lejos de ser meros adornos narrativos, funcionan como asideros simbólicos que reflejan las ansiedades colectivas y otorgan flexibilidad a estas teorías, permitiéndoles adaptarse a contextos sociales diversos. El antisemitismo, por ejemplo, se presenta como un eje persistente, donde la figura del «judío conspirador» reaparece una y otra vez, conectando narrativas pasadas con versiones modernas de enemistades imaginarias. De manera similar, las sociedades secretas, como los míticos Illuminati, aportan un marco aparentemente inescrutable que permite a cualquier institución o persona caer bajo el manto de la sospecha. Además, la infiltración, ya sea de conspiradores en instituciones o de reveladores en las filas de los conspiradores, alimenta la sensación de una amenaza omnipresente.

Otros motivos, como los magnicidios y los ataques de falsa bandera, sirven para reinterpretar eventos aislados como piezas de una trama global, mientras que el revisionismo histórico plantea una historia completamente reconfigurada, donde cada hecho está conectado en una conspiración que lo abarca todo —elemento clave para la comprensión de las teorías conspirativas—. Por otro lado, elementos como la obsesión por el control absoluto aparece en narrativas que oscilan entre la manipulación demográfica y la instauración de un gobierno mundial, consolidando el miedo a un dominio totalitario. De esta forma, el autor pone de manifiesto cómo el análisis de estos motivos no solo permite desentrañar las diferentes vertientes del estilo conspirativo, sino también explorar las condiciones sociales que facilitan su aceptación. Estas narrativas, aparentemente inverosímiles, reflejan profundas tensiones culturales y estructurales que les otorgan su persistente relevancia. Por ende, y con un enfoque crítico y profundamente interdisciplinario, Romero Reche no solo invita a repensar el conspiracionismo como fenómeno,

sino que plantea preguntas fundamentales sobre nuestra manera de procesar la incertidumbre, la desconfianza y la fragmentación en un mundo cada vez más complejo.

Más allá del diálogo constante con la disciplina sociológica, también encontramos una ampliación analítica al integrar las contribuciones de la psicología social y la filosofía, dos disciplinas que abordan el conspiracionismo desde perspectivas complementarias. Desde la psicología social, se destacan tres necesidades fundamentales que subyacen a la atracción por estas teorías: epistémicas, existenciales y sociales. Estas necesidades, aunque universales, encuentran en el conspiracionismo una respuesta específica que, en contextos de incertidumbre, se presenta especialmente seductora. Por ejemplo, las necesidades epistémicas se traducen en el deseo de encontrar explicaciones claras y definitivas ante fenómenos caóticos o aparentemente inexplicables. Las necesidades existenciales, por otro lado, buscan seguridad en un mundo que parece amenazante o descontrolado, mientras que las sociales responden al anhelo de pertenencia y validación grupal. Romero Reche señala que estas teorías no siempre logran satisfacer dichas necesidades, ya que a menudo exacerbán las emociones negativas que las originaron, lo cual alimenta un círculo vicioso de desconfianza y ansiedad. A su vez, la filosofía, examina debates en torno a la racionalidad y legitimidad de las teorías conspirativas. Mientras que autores como Coady defienden el conspiracionismo como una crítica válida al poder establecido, otros lo ven como un intento fallido de parresia, es decir, de hablar la verdad al poder. Este enfoque filosófico pone en tela de juicio la tendencia de la sociología a catalogar estas teorías como «problemas», sugiriendo que su estudio debe incluir un análisis de las relaciones entre el conspiracionismo y las instituciones que lo construyen como tal.

Avanzando en los capítulos, en un claro esfuerzo por seguir analizando las diferentes dimensiones del fenómeno en su relación con las disciplinas enfrentadas, el autor encaja los desarrollos de las teorías conspirativas en el marcado de los procesos de modernidad. Indiscutiblemente, Romero Reche conecta hábilmente el conspiracionismo con los grandes procesos de la modernidad, explorando cómo estas teorías reflejan y responden a las transformaciones sociales de dos momentos clave: la «primera modernidad» y la «modernidad tardía» o posmodernidad. De modo que podemos extraer, cómo en una primera modernidad, el conspiracionismo surge como una respuesta a la secularización y el desencantamiento del mundo. Con la retirada de la religión como cosmovisión integradora —elemento transversalmente tratado en el libro—, estas teorías ofrecen narrativas alternativas que llenan el vacío de sentido, actuando como mitos modernizados que traducen la inseguridad existencial al lenguaje racionalista de la época. A su vez, en la modernidad tardía, marcada por la globalización y la saturación informativa, el conspiracionismo se reinventa como una herramienta para navegar un paisaje social cada vez más fragmentado y complejo, así, de nuevo, podemos percatarnos

de cómo las teorías de la conspiración, en un ejercicio hegeliano, ocupan —al aborrecer— el espacio vacío. Pues, en la aparente miniaturización física global, se da cuenta cómo el espacio ideológico, cultural o de valores en proceso inflacionario —como la polarización política— genera espacios vacíos perfectos para ser ocupados, refuerzan dinámicas de exclusión y enfrentamiento utilizados por fenómenos populistas que, a entendimiento del autor, intensifican la fragmentación social y erosiona aún más la confianza en las instituciones tradicionales, generando así un caldo de cultivo perfecto para la reproducción y crecimiento de teorías conspirativas.

De manera sintética, y en un claro esfuerzo por sobrepasar las líneas meramente analíticas sin desviarse de manera muy acentuada de la neutralidad axiológica que imprime el autor, se proponen al final del libro de una serie de desafíos metodológicos para seguir investigando sobre las teorías de la conspiración. Tales desafíos abarcan desde el reconocimiento de los sesgos implícitos en hacer emerger opiniones en temas tan prestados a ser recelados —no sea el investigador social una parte más de ese sistema que busca cercar a los «despiertos»—, hasta el qué y el cómo medimos el nivel de «conspiranoia» ya sea con estrategias cuantitativas o cualitativas. En consecuencia, y culminado con las implicaciones más prácticas, Romero Reche señala que las teorías conspirativas no deben ser consideradas únicamente como «problemas», sino más bien como fenómenos complejos y cons-truidos socialmente, los cuales merecen un análisis matizado que valore también las voces de quienes las sostienen, y no un mero cordón sanitario al no estar integrados en el sentido común que, aparentemente, todos compartimos. Sin duda alguna, y con la experiencia reciente de la COVID19 —teoría conspirativa ya consolidada— se decantan estrategias destacables como la de «vacunación cognitiva», un enfoque preventivo que expone al público a versiones simplificadas o debilitadas de las teorías conspirativas, acompañadas de argumentos que desmantelan sus lógicas internas. Con el objetivo demostrado, según Romero Reche, de ser más efectivo que las estrategias de contraataque directo que suelen enfrentar resistencia o fortalecer las creencias de los adeptos, aunque con pocas posibilida- des frente a teorías más tardígradas, al parecer inmortales, como los «Protocolos de los sabios de Sión».

Para concluir, en Sociología de las teorías de la conspiración, Alejandro Romero Reche ofrece mucho más que un análisis académico sobre el conspiracionismo: propone un marco para repensar las dinámicas sociales de nuestra época, en una constante relación con el momento actual y los periodos analíticos más relevantes. La obra no solo pone de manifiesto los mecanismos que activa, sostienen y reproducen estas teorías, sino que también invita a la sociología —junto a otras disciplinas— a mirar hacia adentro, cuestionando sus límites y sus propias narrativas. Pues, en un mundo como el actual, caracterizado por la polarización, la desconfianza y la sobrecarga informativa, el conspiracionismo aparece como

un claro reflejo extremo de las tensiones y ansiedades colectivas. Y no hay mejor forma de afrontar los más que comprobados efectos indeseables, que un análisis certero, sosegado, sin dar nada por supuesto, llevando ese cuestionamiento socio-lógico constante y su neutralidad valorativa a ser eje motriz del deseo de saber, a más, en un tema tan particular y de fácil posicionamiento como el tratado en el libro. Con esta obra, el autor nos deja con un desafío claro: abordar las teorías conspirativas no desde el desprecio o la superioridad, sino desde una curiosidad crítica que nos permita comprender mejor las inquietudes y necesidades humanas que estas narrativas buscan responder.